

Cuentos del domingo

FEBRERO 26 DE 1899

IDILIO TRISTE

CON los primeros días del mes de Abril preparábase para abandonar el puerto de Batavia un buque destinado á Marsella. Todos los pasajeros en el puente interrogaban á lo lejos al Océano, cuando de pronto detuvo sus miradas un raro espectáculo. Los cargadores del vapor embarcaban á bordo, con infinitas precauciones, una especie de objeto de arte maravillosamente cincelado, que ofrecía el aspecto de un ataúd.

Era, en efecto, un ataúd forrado de seda blanca, con preciosos adornos de plata. Y la sorpresa fue mayor cuando se vió que lo introducían en un camarote de primera clase.

Sonó el silbato de la máquina y el buque se puso en marcha.

Trascurrieron algunos días, y la larga travesía de Batavia á Marsella anunciábase espléndida y serena. El vapor deslizábase por el mar á impulsos de la fresca brisa.

Abordo trataban los pasajeros de evitar el monótono espectáculo de ver siempre el cielo azul y los mismos rostros. Al fin trabóse amistad entre los viajeros y se organizaron en el salón veladas musicales, juegos y otras distracciones.

Entre las pasajeras figuraba una más alegre y revoltosa que las otras, á pesar de su aspecto enfermizo.

Su cuerpo débil y como inmateralizado bajo la abundancia de los encajes, y su palidez de nieve, denunciaban á primera vista la grave dolencia de que era víctima.

Aquella mujer era la primera que se sentaba al piano y la primera que bailaba, animándolo todo con su alegría, siempre indiferente, como el destino ó como la muerte.

Cuanto la rodeaban estaban sorprendidos de aquella singular alegría, que jamás cesaba ni sucumbía bajo el peso de ningún sinsabor.

Una parienta que la acompañaba á Francia, permanecía silenciosa y grave, sonriéndose de vez en cuando con una sonrisa forzada y llena de resignación. La enferma la inducía de continuo á que cambiara de aspecto y le decía:

—Ya vez que no sufro, que soy feliz, muy feliz y no me quejo.

Además, la joven viajera reñía

también á las personas serias ó demasiado preocupadas.

—Ríanse ustedes—exclamaba—estén ustedes alegres... Voy á tocar un precioso vals. Oigan ustedes.

Y se sentaba al piano, dejando correr por las teclas sus manos, más blancas y transparentes que el mismo marfil.

Un día la produjo extraordinaria emoción la mirada de un médico joven y elegante que figuraba entre los pasajeros.

Acercóse á él sonriente y le dijo:

—¿Porqué está usted tan triste? No quiero que nadie esté triste á mi lado ó por causa mía. Aquí donde usted me vé, yo siempre estoy alegre... y, sin embargo, sé que voy á morir.

El médico hizo un ademán de protesta.

—¡Ah! repuso la joven—no me hago ilusiones de ningún género; mis días están contados, y como puedo morir durante la travesía, he querido embarcar conmigo mi propio ataúd. ¿Le parece á usted estrambótica la idea? Pues á mí no, porque no me asusta la muerte. Estamos realizando un magnífico viaje; pero yo voy á hacer otro mejor por un océano más vasto... La muerte, según ha dicho un poeta, es el principio de la inmortalidad. He aquí porqué me ve usted siempre tan alegre y tan serena.

A pocos instantes, la hermosa, joven volvió á saltar y á sonreirse, adornada aquél día con todas sus alhajas y todos sus encajes, y con los dos preciosos claveles rojos que la muerte había estampado en sus mejillas.

El médico la observaba constantemente guardando una actitud soñadora.

Una noche en que estaba asomado á la obra muerta, vió llegar á la joven, y con respetuosa timidez le dijo:

—Señorita, me parece que cometa usted una grande imprudencia.

—¡Qué importa!—contestó ella—Necesito respirar el aire libre.

Habíase levantado una húmeda brisa y la luna llena vertía sus errantes resplandores sobre la inmóvil superficie del Océano. En medio del silencio de la noche oíase tan sólo el sordo y cadencioso ruido de la máquina. El buque navegaba no lejos de la costa de Asia, y los dos viajeros contemplaban un faro que trazaba á lo lejos sobre el mar los esplendentes rayos de su luz.

La joven fue la primera en romper el silencio.

—Lo único que me aflige—dijo—es el no inspirar otro sentimiento que el de la piedad.

—¿Y si alguien la amase á usted cog delirio?—preguntó el médico.

—No daría crédito á sus palabras... ¿Quién habría de ser tan insensato que se atreviera á amarme por unos cuantos días y quizás por algunas horas?

—Sin embargo, ¿que diría usted si ese amor existiese y le dieran á usted las pruebas de la pasión que ha inspirado?

—Las admitiría con gran trabajo... ¡Vaya, vaya, no hablemos de eso!

Como el fresco era ya intolerable, cesó la entrevista y los dos jóvenes se separaron.

Al día siguiente y en los sucesivos, la enferma y el médico volvieron á hablar con insistencia del mismo asunto. Y la joven seguía siempre alegre, pero con una alegría muy distinta de la anterior, que parecía como una apelación á la vida. Su rostro estaba menos pálido, y su sonrisa no ofrecía ya el menor aspecto de tristeza.

Trascurrieron dos semanas y el buque surcaba ya las aguas del Mediterráneo. El vapor se acercaba á Francia y los dos viajeros admiraban la luz que se reflejaba en las azules ondas.

Cuando el barco llegó al puerto de Marsella, fue sacado del camarote el ataúd y arrojado á las profundidades del mar.

Al cabo de una hora desembarcó la joven asida del brazo del médico, á quien había jurado amor inextinguible.

Los dos amantes habían concertado su matrimonio para dentro de muy pocos días.

PABLO BRULAT.

Filosofías anónimas.

—Los importunos y la dinamita se diferencian en que ésta al estallar hace estragos y aquellos hacen estragos sin estallar.

Dos cosas hay que no se pueden mirar frente á frente: el sol y la muerte. LAS culpas de la casa ajena todas las creemos; las de la propia las ven pocos, porque tienen en sus ojos todas las vigas de sus techos.

Nadie en el mundo sabe lo que tiene pero el público sí sabe lo que ese mismo debe.

Deber á un abarro es peor que encontrarse en medio del océano azotado por las furibundas olas y amenazado por los tiburones.

Si todos los hombres fuéramos iguales la Filosofía no tendría razón de ser.

En todas las cuestiones políticas hay mucho pan que rebanar, y es cosa averiguada que siempre sabe más el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

¡Para qué apurarse! Las naciones cumplen todos sus destinos, y como los hombres, son más ó menos dignos de respeto por sus acciones, por su pasado y por los servicios prestados á la civilización, á la libertad y á la humanidad.

Las mejores frutas son las que han sido picadas por los pájaros así como los hombres más de bien son aquellos en quienes se ha sabido la calumnia. "La herida de la lengua causa más dolor que el filo de una espada."

Mas, la lengua sirve al médico para reconocer muchas enfermedades del cuerpo, y al filósofo muchas enfermedades del alma.

A MI HIJA

Niña cuando á mi lado ríes, cuando me miras y te sonríes, ó cuando forjas el poema, á que en tus juegos sirven de temas tus cuentos de hadas y tu arlequín, cuando me asomo á tu pensamiento y hallo más flores que en un jardín, más astros que en el firmamento.

Cuando tus pupilas serenas, en que no se pintan mis penas ni las dudas que me atormentan, toda la clara luz ostentan de tu pureza virginal; cuando me asomo á tu pensamiento, de tus ojos en el cristal, sin la más leve sombra divisó.

Cuando me ríes, fingiendo agravios, y yo, en el clavel de tus labios, firmo la paz con dulce beso.

Cuando me escuchas con embeleso, porque te cuento una mentira, De esas que buscan con empeño los poetas sobre su lira, y los ángeles en su sueño.

Cuando tu acento me acaricia, cuando te compro una delicia en un pedazo de cartón, cuando dormida te contemplo, entonces,—¡mi pecho es un templo, y Dios baja á mi corazón!

Hé ahí el altar en que te adoro ¡Señor!—no hay mármoles, ni hay oro más la inocencia brilla en él.

Es tu reflejo soberano, mejor que el soberbio océano y que el estrellado dosel. Tu tempestad no me intimida cuando tu universo trepida, alza la frente con desdén; yo sólo esperaba reposo, de la muerte en el valle umbroso, y no soñaba con tu edén.

Pero ahora, si palidece, como mi espíritu se estremece, y cómo tiemblo por los dos, junto las manos, trémula brilla una lágrima en mi mejilla, y de rodillas, digo: ¡ay Dios!.... San José, 1878.

A. ZAMBRANA.

Sentencias

—No ofendáis nunca á una mujer; un día ú otro podrá ser vuestra esposa, y entonces... ¡qué oportunidad para vengarse!

—El matrimonio es una comedia para los que lo observan desde afuera, y una tragedia para los que lo representan.

—Las mujeres son como los gatos; cuando se duermen en vuestros brazos... cuidado con las uñas!

—El catálogo entero de las virtudes de un hombre, no impresionan tanto á una mujer, como un solo vicio irremisible.

—Todas las mujeres están esperando con impaciencia, en el paraíso, la serpiente.

—Dios premia á las mujeres buenas con el matrimonio, ó castiga á los hombres malos por el mismo medio.

—En el corazón de toda mujer hay una serpiente... ¡ay de aquel que la despierte!!

EL MEJOR TOCADOR DE UNA SENORITA.

El espejo;—Conócete á tí misma.

Este curioso espejo hará reflejar tus faltas, pero al mismo tiempo hará brillar con la mayor fuerza tus virtudes.

Loción para suavizar las amarguras.—Contentamiento.

El uso diario de esta esencia hará desaparecer las arrugas y mantendrá el sueño tranquilo.

Pomada para los labios;—Veracidad.

Los labios tomarán color de carmín y despedirán suave aroma con el uso diario de este precioso tinte.

Cordial para dulcificar la voz;—La oración.

Toma de esta esencia tres ó seis al día, y rica y melodiosa se tomará tu voz.

Incomparable par de zarcillos;—Atención y obediencia.

Con estos pendientes gustos aprenderás sabias lecciones.

Incomparable par de brazaletes;—Orden é industria.

Póntelos cuidadosamente día por día, porque á tus obras darán eficacia.

Un cinturón elástico;—La paciencia.

Cuando más se usa más brillante se pone, aunque su mayor mérito no es la ostentación.

Un collar de riquísimas perlas;—La resignación.

Este creamento embellece á las hermosas, y las enseña á sobrellevar los males de la vida.

Una graciosa cinta;—La cortesía.

Pues con gracia en la cabeza, inspira animación y respeto.

La mujer diadema;—Piedad.

Quien quiera que esta diadema posea, se asegura una corona eterna.

Hermosteadora universal;—Buen genio.

Con este delicado filtro humedece suavemente tus labios, y los encantos de la juventud circularán por todo su rostro.

CORRESPONSALES

De Esparta.

Señor Redactor de La Nueva Prensa.

P.

La Municipalidad de este Cantón en sesión del 15 del presente acordó en el artículo V del acta correspondiente, que dejó definitivamente aprobada, artº V.

"Siendo atribución de los cuerpos Municipales, según el artículo 21 de las Ordenanzas respectivas, atender á la higiene pública; connoticia de que en Puntarenas se han desarrollado actualmente las epidemias de la fiebre maligna, lo q' ha causado alarma en esta población, y habiendo sido consultada la opinión del médico del circuito, se acuerda: Prohibir desde estas fechas la traslación al cementerio de estas ciudades, de todo cadáver procedente de Puntarenas, exceptuando tan solo á aquellos individuos que con anterioridad hayan construido verjas ó nichos en los cuales tienen ya deudos sepultados, siempre que hayan cesado las causas que motivan este acuerdo y que comprueben con certificado médico, no haber muerto de enfermedad contagiosa."

Muy á tiempo ha mirado el Municipio esta vez el gran mal que causa á este vecindario el abuso que por 19 años se viene cometiendo de enterrar en un reducido cementerio los cadáveres de todas las comarcas puede decirse y más aun los de extranjeros pudientes, así murieran de la fiebre amarilla.

Recuerdo perfectamente que en 1883 perecieron en este pueblo en tres meses, como cien personas del lugar por haber permitido que se sepultase en el Cementerio de Esparta el cadáver de don Rafael Sáenz.

Bien se comprende que no se infesta un lugar por el hecho de dar sepultura si no por la materia en descomposición y emanaciones de cadáveres que viniendo